

rrar revolucionarios, y colgar bandidos, ¿qué les parece? — Magnífico, contestaron. — ¿Cómo podrá vd. llevarlo á cabo sin que nos cueste nada? preguntó el Prefecto. — Muy fácilmente, disponiendo de los fondos públicos. — Esto ya tiene visos de un verdadero pronunciamiento, dijo uno de los concurrentes y... — Si la cosa se formaliza, yo no quiero que... repuso otro. — No empecemos con chinampear, agregó Lorenzo, ya les dije que á nadie he de comprometer, que sólo yo saco la cara y sufriré las consecuencias; todo lo que aquí hablemos se quedará entre nosotros, nada se escribirá, y por conveniencia propia guardaremos el secreto. — Ya no nos entompeate más, amigo Lorenzo, dijo el Prefecto, enséñeles á los señores su nombramiento, y arregle con formalidad el negocio, ya está vd. satisfecho de que les merece confianza y se acabó. Se lo enseñó, y fué pasando de mano en mano, hasta que el último muy contento al devolvérselo gritó: — ¡Viva nuestro jefe Astucia! — ¡Viva, viva! todos repitieron. — Silencio, señores, esta muestra de sinceridad que advierto en todos los semblantes, me obliga á hablarles con la franqueza que acostumbro. Este nombramiento es falso, está puesto de mi propio puño hace dos días, y aquí en el seno de la buena amistad que me dispensan les descubro el enredo, ese papel será mi paracaída, salvará de la responsabilidad al señor Prefecto, que por bien de todos, no le costará nada hacerse sordo á lo que les estoy hablando, impónganse de esa solicitud y miren su resultado, en ella tenía fundadas mis últimas esperanzas, he estado con ese motivo mirando y observando todos los despilfarros del gobierno: han gastado diez ó doce mil pesos para que los operistas los diviertan, y no hubo un tlaco para socorrer á las familias de esos que el congreso declaró como fieles servidores, el gobernador mismo me dijo que no podía contrarrestar al *Rotito*, aplazando para más tarde su persecución cuando los rurales y veintenas le ayuden, estas fueron sus propias palabras:

— « Las tropas activas están sólo sosteniendo al gobierno, los permanentes no nos merecen confianza, y los nacionales no sirven para nada. » — ¿ Quieren más desengaño? ¿ y no es la tontera más grande, que de aquí se les lleve dinero para los cantantes, mientras que á nosotros el *Rotito* nos deja en pelota?

no voy con los ojos cerrados en el negocio en que me meto, y he meditado con juicio en todo, y sólo necesito para establecer aquí la verdadera Seguridad Pública, de la voluntad de vds., de su silencio, y que me ayuden con sus consejos á establecerme de la manera más firme que se pueda, por el bien general de todo el valle. En las circunstancias comprometidas en que me encuentro, no me queda más recurso que exponer mi cabeza para sostener el juramento sagrado que me he propuesto, y les contó francamente cuanto le había acontecido y su verdadera situación, terminando con: — Ahora de vds. depende el que digan, ¿ si aprueban este falso nombramiento para obrar de acuerdo con vds., ó sino, como á mí solo me convenga? — ¡ Viva Astucia, el jefe de la Seguridad Pública del valle! gritó el Prefecto, y todos lo secundaron convencidos de la buena fe de Lorenzo, la ninguna cosa que arriesgaban, y el mucho bien que una calaverada, audacia ó como quiera llamarle, les iba á traer desde luego. — Gracias por su condescendencia, caballeros, dijo Astucia conmovido, los Hermanos de la Hoja teníamos por divisa estas palabras que nos ligaron, nos hicieron ser fuertes luchando más de cinco años contra seis enemigos á muerte diariamente, si nosotros las aceptamos, nos servirán de estar unidos, y hacer mi plan más duradero. *Todos para uno, uno para todos.* — ¡ Viva nuestro *Uno!* gritó el administrador de Laureles lleno de entusiasmo. Todos lo secundaron, y Astucia contestó con energía: — ¡ Vivan mis *Todos!* Ahora, caballeros, si les parece, sólo para un negocio grave nos reuniremos todos, porque yo no quiero proceder en nada sin contar con la opinión de vds., me parece conveniente que nombren una junta menor de tres individuos, con quien sin llamar la atención de los que ignoran nuestro complot, pueda yo consultar los asuntos de poca monta, además de que también quiero que esa junta menor sea mi tesorera y me ayude á distribuir el dinero, para que con cuenta y razón se gaste, primero en armar á cuanto hombre de bien me merezca fe para afiliarlo, sea pobre ó rico, en la fuerza de Seguridad Pública, con que he de exterminar á los bandidos y restablecer el orden, y después en cuánto ocurra y sea necesario para el bien del Valle y la tranquilidad de sus moradores.

Se hizo la elección que recayó en el Prefecto, el Administrador de Laureles, y un comerciante de la villa. — Falta aún la parte más lastimosa, les dijo; en virtud de ese oficio que vds. han visto del gobernador, voy á tomar lo preciso para atender á las imperiosas necesidades de esas familias, y ese ha sido uno de los objetos principales de exponer mi cabeza y tirar el guante; pero falto yo, que no estoy comprendido en la remuneración del soberano congreso, y creo que algo merece el trabajo que me voy á tomar, vds. pueden señalarme un sueldo que crean conveniente.

Ninguno quiso designarlo, y le echaron al Prefecto la encomienda. — En la época anterior, dijo éste, estuvo aquí un señor comandante militar, tenía veinticinco hombres que se le desertaban de hambre, quedó debiendo hasta las pasturas, no salía de la fonda de las Manuelas, la tienda donde continuamente echaba sus copitas de á medio, ó del billar, y yo visaba los presupuestos que íntegros se le pagaban, figurando en el primer renglón doscientos veinte pesos de su sueldo de coronel, y si nuestro *uno* acepta igual cantidad, creo que no gravamos al gobierno con un gasto que antes ha hecho, y ahora será mejor devengado. — Acepto de buena voluntad, y únicamente me resta que todos vds. me hagan un favor, que mañana cada uno me preste por un ratito dos hombres montados y armados, que me esperen al salir el sol abajo de la Canterá, al pie del cerro de Ocurio, pues á la cabeza de sesenta hombres voy á dar el golpe á la Aduana, antes que disponga el administrador de las existencias, y si algunos de vds. tienen que enterar alguna cantidad, suspendan el pago hasta pasado mañana que ya correrá la recaudación de nuestra cuenta. Otra cosa y ya no los molestaré, díganme, ¿quiénes son los mitoteros y trastornadores del orden que sea necesario desterrar ó hacer poner en juicio? así como los rateritos vergonzantes que vds. conozcan ó sospechen. Cada uno fué nombrando, y Astucia formando lista.

— Pues me resta, caballeros, advertirles que desde ahora para lo público, no soy más que el coronel Astucia, nombrado por el gobierno jefe de la Seguridad Pública de este valle, en cuanto á lo privado, el *uno* de mis generosos *todos* que aquí

miro presentes, y en lo particular, el pobre ranchero de las Anonas, su amigo y servidor Lorenzo Cabello para que manden. Todos con sinceridad empezaron á gritar: — ¡Viva nuestro jefe! — ¡Viva nuestro *uno*! — ¡Viva nuestro amigo! Con abrazos y pruebas de buena amistad se disolvió la reunión, marchando cada cual para su casa contentísimos y resueltos á llevar adelante el plan de Astucia y apoyar sus disposiciones. — Esta ha sido una zanganada de ley, amigo Lorenzo, dijo el Prefecto, yo he sido el primero á quien vd. ha entompeado, le está bien adecuado el sobrenombre de Astucia, y ni el diablo hubiera meditado semejante pronunciamiento mudo, conciliábulo, ó no sé qué nombre dar á la junta de sus *todos*. — Ese es el que le pertenece, la junta de mis *todos*, tengo empeño en que ayudado de la junta menor que los representa, restablezcamos la paz; mis valientes soldados de la Seguridad, desde sus casas se defenderán mutuamente, mientras yo escoba en mano, andando por todo el valle, barriendo las hasuritas que nos ensucian, para que arrebatándolas el aire vayan á caer muy lejos; como nuestras disposiciones han de ser reservadas y cuento con vd. en lo político, nos saldremos con la nuestra si tenemos constancia. — ¿Pero y cuándo chille el cochino? — Entonces le suelta vd. el mecate, y comienzo yo á figurar representando el primer papel de la comedia, no abrigue ningún temor, silencio y actividad; este ha de ser nuestro punto de vista, vd. cuando más arriesga su colocación, y yo les venderé muy cara mi cabeza.

Este es el albur que juego contento, porque ya les vi la puerta, las figuras están muy arriba, y toda la baraja hecha un zapote; mañana no se aparezca vd. por su oficina hasta después de las doce, y en la nochecita nos juntaremos en la casa de D. para darles cuenta de lo ocurrido. — Pues hasta luego, y Dios nos saque con bien, amigo coronel. — Hasta luego, señor Prefecto, que Dios nos ayudará. Al otro día á las seis, estaban reunidos más de sesenta hombres al pie del cerro de Ocurio, llegó Astucia seguido del Chango habilitado de un mal clarín á a espalda, cubiertas sus muchas abolladas con cordones verdes de lana, que quitó de las trenzas á las indias molenderas del rancho, los formó de dos en fondo y á la cabeza de su fuerza;

presentó cerca de las nueve en Zitácuaro poniendo á los vecinos en alarma, y haciendo aullar á los perros la destemplada marcha, que con sendos trompetazos tocaba el Chango. Todas las gentes se asomaban á sus puertas y ventanas muy sorprendidas, mientras que otras corrían de esquina á esquina hasta llegar á la plaza llenas de curiosidad, tratando de saludar á multitud de conocidos que iban con espada al hombro muy serios en la formación. En la plaza hizo alto el jefe, mandó formar por la derecha en batalla, sables á la vaina, en su lugar descansó, y seguido de su clarín de órdenes se dirigió para la Aduana. Al pasar frente á la puerta del cementerio, estaba el señor cura tratando de adquirir noticias de aquello, mandó que se informaran á los sacristanes y acólitos, cuando quebrando su caballo Lorenzo se dijo á sí mismo : — Le daré primero un abrazo á mi viejo padrino que hace algunos años que no nos vemos. Se apeó y acercándosele con los brazos abiertos exclamó : — ¡ Mi amado señor cura ! — ¿ Cómo va, amigo, cómo va ? y correspondió su abrazo sin saber con quién estaba. — ¿ Quién es vd. que no recuerdo ? dijo cerrando un ojo y poniéndose en frente del otro un gran antejo arrimándosele hasta las barbas, no lo conozco sino para servirlo. — Querido padrino, yo soy Lorenzo, míreme bien. — Acabaras de reventar, muchacho, quién te había de conocer con esas barbotas y á la cabeza de tanta gente ; dame otro abrazo, hijo mío, otro porque tengo mucho gusto de verte ; cuéntame, cuéntame cómo es que... — Ahí hablaremos despacio, yo lo vendré á visitar, y entretanto para satisfacer algo sus dudas, mire vd. mi nombramiento. — Magnífico, magnífico, ¿ conqué eres coronel, eh ? — Sí, señor, pero con el sobrenombre de Astucia ; no se le vaya á salir decir que soy Lorenzo, porque así conviene para los fines que el gobierno se ha propuesto, y como en mi carrera tanto política como militar así me di á conocer en el público. — ¡ Ah ! sí, ya sé, cuando eras el hermano de las hierbas ó... — De la Hoja, padrino, comerciante de la rama, y vd. ve que es necesario conservar el incógnito y... — Pierde cuidado, y haces bien en advertírmelo, los secretos de gabinete, siempre deben ser secretos.

En esto los muchos curiosos no podían averiguar nada de los

de la formación, que sólo decían : — Nada sabemos más que nuestros amos nos mandaron poner á las órdenes del coronel Astucia, nombrado por el gobierno jefe de la Seguridad Pública. — Vamos á ver si tata cura nos da mejores noticias, está hablando con el tal coronel que le dió á leer un papel, dijo uno del corrillo, y seguido de cinco ó seis en grupo se fueron para el cementerio ; al verlos venir Lorenzo, le dijo quedito : — Yo lo vendré á ver despacio, padrino, ahí hablaremos, y luego recio con seriedad para que lo oyeran los curiosos tendiéndole la mano : — Hasta otra vista, señor cura, ya sabe que me tiene aquí á sus órdenes, y tendré mucha complacencia en servirlo. — Adiós, amado coronel, adiós, he tenido mucho gusto de abrazarlo, y le doy el parabién. Se separó, montó á caballo, y se fué derecho para la Aduana. — ¿ Quién es ese coronel tan su amigo, señor cura ? preguntó uno de los curiosos que lo rodearon. — Un guapo mozo, caballeros, el mentado coronel Astucia, no crean que es cualquier cosa ; ha hecho el gobierno una elección muy acertada, este joven es activo, valiente, enérgico, en fin, no dudo que pronto nos pondrá en juicio. — ¿ Según el aprecio que le ha manifestado vd. son ya conocidos viejos ? — Sí, amigos míos, tuve amistad con su padre, lo conozco desde muy niño, es de buena familia y... — ¿ Qué le comunicó á vd. alguna orden que trae por escrito ó... ? — No, sino que me enseñó su despacho, viene nombrado jefe de la Seguridad Pública, y con amplísimas facultades ; en fin, me retiró porque está el sol picando, queden vds. con Dios, amiguitos. Y se retiró dejándolos casi en la misma duda.

El coronel luego que entró á la oficina procuró motivo para demostrarse incómodo. — ¿ Qué hacen ahí esos hombres parados ? preguntó al escribiente, ¿ por qué no se despachan pronto ? — Porque el señor administrador todavía no sale, tiene una niña enferma y pasó mala noche, le contestó. — Pues métale vd. esós papeles á firmar, y no porque está de chichigua se entregan aquí á los transeuntes. — Como que ya van lejos mis jumentitos, padrecito, dijo un indio. — Y mis animales se están echando, agregó otro. — Y yo tengo que ir muy lejos, replicó un tercero. — ¿ Ya está vd. oyendo, caballero ? vds. son empleados públicos, para servir al público ; cumpla vd. con su

deber, sirva pronto á sus amos que le pagan, todo anda aquí dado al diablo, es necesario ropa y yo no consiento pulgas.

El administrador desde los trompetazos del Chango despertó y á medio vestir estaba espiondo por debajo de una cortinita de la vidriera de la ventana de la sala para la plaza. — ¿Qué es eso? ¿no le he dicho que no me deje sola la oficina? dijo al escribiente que llevaba los pases á firmar. — Sí, señor, pero ahí está un hombre que me acaba de echar la mula porque no se sirve pronto al público. — ¿Y quién es ese sujeto para venirnos á imponer la ley? yo no tengo amo, soy el jefe de la recaudación principal; que se esperen esos indios, esta es una oficina del gobierno, no somos gañanes para trabajar de sol á sol. — Está muy enojado, dice que no consiente pulgas, que... — Ni yo tampoco admito mayordomos, no estamos en el tajo; porque no muela esa gente firmaré y vea vd. qué quiere ese farsante. — Háblele vd. al Exmo. señor administrador, dijo Lorenzo al escribiente, dígame que el coronel Astucia le pide á S. A. S. una audiencia. Estas palabras las escuchó el administrador que envuelto en una esclavinita, con pantuflas coloradas, y una gorra vieja de terciopelo en la cabeza, salió saludando con mil caravanas, haciéndose desentendido, indicándose su silla para que tomara asiento.

— ¿Con quién tengo el honor de hablar, caballero? dijo con mucha política. — Con el coronel Astucia, el jefe de la Seguridad Pública de este valle de Quencio; supongo que ya le habrán comunicado las órdenes superiores para que ponga á mi disposición cuanto recaude, para los gastos de la fuerza que estoy levantando. — No, señor coronel, no he recibido tales órdenes é ignoro lo de la fuerza. — Véala vd. ya, señor administrador, y tomándolo de un brazo lo llevó hasta la puerta señalándole á los formados en la plaza que no había notado desde su ventana porque fijó la atención por otro lado. — ¡Esto es ya respetable, es más de un escuadrón! — Voy á formar un regimiento. — Pues, señor coronel, ya le dije que hasta ahora no he recibido ninguna orden que... — Se habrá extraviado, está el correo tan mal servido, en fin, eso á mí no me interesa, y para que crea mis palabras mire vd. mi nombramiento. Lo leyó con detención y devolviéndolo dijo: — Muy bueno y en toda

regla, pero... — Pero fije la atención en este párrafo que concluye con: « Disponiendo de todos los fondos que se colecten en la recaudación principal, hasta tanto no restablezca el orden y la paz confiados á su pericia », y bastante claro está. — Es verdad, pero yo no puedo sin las órdenes de mis superiores prestarme á... — Gracias á Dios que no necesito favores, traigo facultades muy amplias para proceder como... — Permítame vd. un momento, coronel, voy á ver al señor Prefecto tal vez por su conducto. — Vaya vd., caballero, y no se dilate, no me gusta la mucha conversación.

Mientras se fué á ver al Prefecto, Astucia le dijo al escribiente: — ¿Estos libros están llevados con exactitud? — Sí, señor, aunque en último de mes se cargan en una sola partida los ingresos de libranzas que se han negociado. — Pues haga vd. cuenta que ya llegó el último día y asiente todas las entradas, para hacer corte de caja ahora mismo. — No encontré al señor Prefecto, y decididamente yo no puedo obedecerlo, vd. convendrá que mi responsabilidad... — Cesa desde este instante, caballero, á ver, señor escribiente, sume desde luego esos libros para ver las existencias que resultan y que este señor me las entregue; desde ahora hago á vd. administrador principal de Rentas, que este hombre deje los libros firmados de lo que entrega, mire cómo se conduce para lo sucesivo, ya vió que no me gusta gente floja ni patarata, yo sé hacer cuentas y donde vea una mala partida, mire, ahí traigo en los tientos una reata floridaña con que colgarlo en uno de esos fresnos del cementerio. — Pero, señor coronel, dijo el administrador, este es un despojo violento, un... — Venga vd. acá, amiguito, y se lo llevó á un rincón, pase los ojos por estas instrucciones secretas que traigo del gobierno; mire. Y en uno de los otros pliegos sellados de marras leyó: « Lista de los traidores que ha de colgar el coronel Astucia. » Señor administrador de Rentas, D. N., vea vd. aquí viene figurando su nombre en la primera línea, amigo mío; no soy asesino, me causa vd. compasión, no quiero empezar mi comisión derramando sangre; váyase luego luego para no ponerme en el compromiso de colgarlo, tiene vd. muchos enemigos por allá arriba, y donde se le antoje aparecerse por Morelia le truenan la nuez, conque váyase á que dispongan sus tiliches

y vuelva á hacerme la formal entrega de los fondos que hay en caja. — Pero, señor coronel, déme vd. un término para disponer mis cosas y... — Voy á complacerlo, son las nueve y media, le doy á vd. media hora más, porque á las diez este negocio ha de quedar concluído, tengo atenciones más graves, y... — Es que no tengo en qué cargar mis muebles, animales en que vaya mi familia y... — Mira, clarín, tráete esos burros que están ahí de vacío, aquellos tres caballos ensillados de frente al juzgado y esos carretones que están descargando harina en aquella tienda. Ya no me pondrá vd. dificultades, con esos bagajes lo mudaré hasta salir del valle, hasta Irimbo llega mi dominio, y de allí para adelante coja el camino que quiera y siga como pueda, mande alistar sus cosas por allá dentro, ahí están los carretones y animales. — Dispéñeme vd. una palabra, señor coronel. — Estamos perdiendo el tiempo, mire su reloj cómo corre. — Un momento no más, por lo que más estima, y metiéndolo para la pieza interior, le dijo con las lágrimas en los ojos : — Señor, estoy sin dinero, por lo que me ha dicho vd. de Morelia, ya poco más ó menos conozco quiénes son mis enemigos, corro en la opinión pública como Santanista y... — ¿Pues qué mayor delito quiere vd. tener en la época presente? — No quiero manifestarle eso, sino que pienso irme derecho para México, aquí tengo unas librancitas que allá puedo negociar, para vd. lo mismo es recibir cinco que seis, y si me deja sin recursos me arruina; vd. tiene buen corazón, mi familia es numerosa, soy un pobre... — ¿Cuánto importan? — Seiscientos y pico de pesos. — ¿Y están dados de entrada en los libros? — No, señor, las tenía destinadas para última hora, prevenidas para un evento, son cobranzas extraordinarias de recargos, que no han figurado en el diario. — Pues ya llegó el evento y la última hora, guárdese las y venga cuanto antes á entregar en forma á su sucesor. — Gracias, señor... — Pocas palabras y al trote, sobre la marcha, y se salió al despacho para ayudar al corte de caja, resultaron existentes tres mil trescientos y pico de pesos que recogió Astucia, firmaron los libros, el saliénte y el entrante, se mandaron circulares á las receptorías subalternas interiores, dando á reconocer al nuevo administrador, que al instante lo hizo montar á caballo y partir á recoger de las exte-

riores las entradas de esa semana y abrirles cuenta nueva, regresando hasta el otro día con seiscientos pesos más. A las diez y media salía con sus muebles y familia más que de prisa el administrador despojado, dándole al coronel mil agradecimientos pues hasta el flete de los bagajes pagó á los dueños de ellos, y éstos apuraban á sus animales por llegar cuanto antes á tirar su carga á Irimbo según se obligaron, mientras que Astucia se guardó la llave de la caja, dejó cuidando la oficina á Simón, y de la misma manera que entró á la villa, salió llamando la atención de todos el Cambio muy afanoso con sus trompetazos. En los Cañitos poco menos de media legua disolvió su fuerza diciéndoles : — Señores, díganles á sus amos que les doy las gracias, ya pueden retirarse cada cual por su camino, y solo se fue para su casa á formar su presupuesto con arreglo al encargo del gobierno, regularizando los gastos de las familias á proporción de sus condiciones, librándoles lo preciso para las imperiosas necesidades sin abusar de su poder.

UNIVERSIDAD DE AMÉRICA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO